

En la excelente revista ilustrada que se publica en París con el título de *Europa y América*, y circula muchísimo por todas las regiones hispano-americanas, ha salido á luz un trabajo magistralmente escrito elogiando con calor el primer tomo de esta obra.

Después de encarecer la necesidad que tiene de proveerse de la *Fé de Erratas* todo el que haya de usar el Diccionario, se burla el escritor con mucha gracia del académico disparate de que el APÓSTOL por antonomasia sea San Bernabé; manifiesta sus temores de que el mejor día salgan los académicos diciendo que el sabio por antonomasia es Sansón, ó que el profeta por antonomasia es Holofernes, y escribe este párrafo, que, para regocijo de los *inmortales*, quiero copiar entero:

«Si tan versadós son (los académicos) en la Historia Sagrada como buenos católicos, aún son más instruídos y discretos en la Historia natural. «Paco», dicen, «carnero del Perú».

¡Qué más carneros que ellos! De ningún cuadrúpedo está más lejos el PACO que del carnero. El PACO es de la familia del camello; es un camello menor, fuera de la joroba; el cuerpo, la cerviz, la cara, el rabo, todo es de camello, como lo pueden ver los académicos españoles si envían una comisión carneril al *Jardín de Plantas*. Es de mucha mayor alzada que el asno, y sirve de animal de carga en los países donde nace y se cría, que son, no sólo el Perú, sino también Bolivia, el Ecuador y aun Colombia. El PACO es el *lama*, de cuya historia no se han descuidado ni Buffón ni los demás naturalistas, sin que á ninguno se le haya ocurrido llamarle carnero. Ya han de ir D. Aureliano y sus aláteres á decir que el camello es *carnero de Arabia* y el tigre *carnero de Bengala...*»

¡Y la cigüeña?

Verá el escritor americano y verán todos los lectores cómo pintan los académicos la cigüeña. Y eso que desconocen esa frase. «CIGÜEÑA, f. *Ave de paso...*» Primer mal paso. Porque las aves que emigran no se llaman aves de paso más que donde lo son: no donde moran ni donde son indígenas. Y es un disparate llamar á la cigüeña *ave de paso* en las riberas del Esla, del Carrión ó del Pisuerga, donde nace y donde vive cada año seis meses largos, desde San Blas hasta San Lorenzo. Adelante: «CIGÜEÑA, f. *Ave de paso, especie de*

grulla, mayor que la gallina...» ¡Echen ustedes... cosas! ¡Ave de paso! ¡Especie de grulla, (la cual será, á su vez, especie de cigüeña)! *Mayor* que la gallina... Es claro, y mayor que el pardal y que la golondrina. ¡Vaya una habilidad! ¡La cigüeña mayor que la gallina! Como si dijieran que el académico es mayor que el chorlito. Pero todavía añaden los naturalistas de la calle de Valverde que la cigüeña, á más de ser mayor que la gallina, es «de color blanco, con plumas negras», como si el color blanco no fuera también de plumas blancas, y que tiene «el pico largo, casi comprimido», casi que no se puede negar que es casi gracioso.

Después de otros varios disparates ponen los académicos dos rayitas y dan como otra acepción de la palabra cigüeña la siguiente: «Hierro de la campana donde se asegura la cuerda para tocarla». ¡Perfectamente! Es decir, perfectamente al revés. De la CIGOÑUELA, que, si no es un *hierro de la campana*, es un manubrio que puede servir para tocarla, dijeron que era una «ave parecida á la cigüeña, pero muy pequeña», vamos, una ave que ellos inventaron; y ahora á la cigüeña, que nunca es más que ave, la llaman *hierro de la campana*. Nunca es más que ave, sabiondos; nunca. Por eso es otro disparate la tercera acepción que ustedes dan á la cigüeña, diciendo: «Codo que tienen los tornos y otros instrumentos y

máquinas en la prolongación del eje por *cuyo* medio...» ni el medio es *cuyo*, ni eso es sintaxis, ni el tal *codo* se llama cigüeña, sino cigüeña.

Y no *cigüeñuela*, como ponen en seguida los cigüeños de la calle de Valverde, diciendo que es lo mismo que «cigüeña en la tercera acepción». Ni en la tercera, ni en la quinta, porque la tal *cigüeñuela*, más impronunciable que el mejor de los regimientos, no es palabra castellana, no existe: en nuestra tierra no hay nada impronunciable. Se dice CIGÜEÑA y hasta CIGÜEÑA; pero *cigüeñuela* no sé dice nunca.

Cilanco dicen que es «charco profundo en los remansos de los ríos», sin decirnos de dónde es provincial la palabra. La palabra sólo, pues la definición, en lo mala, en lo de la profundidad y los remansos, dando á entender que se necesitan varios de éstos para que haya un charco, ya se conoce que es provincial de la calle de Valverde.

A la CIMA la dedican dos artículos, el segundo de los cuales, con su rara etimología, griega y todo, huelga como un académico, ó como toda la corporación; es decir, que está demás y para nada sirve. «CIMA: tallo del cardo y de otras verduras», dicen, después de haber dicho en el primer artículo: «CIMA... la parte más alta de los árboles.» ¿Por qué han de ser de distinta naturaleza y de dis-

tinto abolengo la cima de los árboles y la cima de los cardos? Yo por mí no veo la razón, como no sea que con ese segundo artículo hayan querido hacer los señores un obsequio al cardo, yerba muy querida y muy venerada entre la académica familia.

Dejemos correr la etimología de CIMBRA, que diz que viene de *cingere*; la mala definición de *cimbrar*, que no significa *cimbrear*, como los académicos suponen, sino poner cimbras, cosa que omiten, no poniendo tampoco en el lugar correspondiente el verbo ENCIMBEAR, que es el más comúnmente usado; dejemos pasar la defectuosa explicación de la voz CIMBRO, BRA, que nos deja en ayunas de por qué se llamaron cimbras los cimbras; pase también el que nos digan que *cimera* viene de *cimero* (como burra viene de burro ¡qué ciencia la de estos etimologistas!): lo que ya no puede pasar es que *cimera* sea precisamente «la parte superior del morrión», y no pueda ser lo mismo la parte superior del chascás, y aun la parte superior de las orejas de los académicos.

Como no puede pasar tampoco la definición del *cimillo*, chisme raro, del cual no nos dicen que sea provincial, ni de dónde, pero que les sirve de ocasión para desatinar de esta manera: «CIMILLO, m. Vara de cinco cuartas de largo, poco más ó menos, que se ata por un extremo á la rama de un árbol, y por el

medio á otra, y en el otro extremo se pone sujeta un ave que sirve de señuelo. Atase un cordel á dicha vara, y tirando de él el cazador desde un lugar oculto, al movimiento del ave acuden otras, y entonces *les tira*.» ¡Así! ¡Para digno remate de esa sarta de simplezas, *des tira*». «*Les tira*», que es una barbaridad como una loma, por más que digan lo contrario, ó precisamente porque dirán lo contrario cualquier día los académicos bajo la firma bárbara de *Quintilius*. Porque ese *les* es un acusativo; el cazador tira á las aves, igual que el cazador ama á las aves, oraciones primeras de activa, que constan de nominativo, el cazador; verbo, tira ó ama, y acusativo, las aves. Si dijeran *les tira* una perdigonada, ó *les tira* una piedra, podría pasar el *les*, porque entonces sería dativo, y en el dativo femenino, aunque está mejor y es más usado *le*, también han puesto *le* algunas veces los buenos autores; pero en acusativo femenino nadie ha puesto *le* nunca. Nadie más que los académicos, de quienes ya es sabido que no son nadie en estas cosas.

Por eso se atreven á decir que CIMORRA es voz anticuada (!), por eso y para que no se les diga á ellos que padecen cimorra... intelectual, por supuesto; por eso han omitido el adjetivo ACIMORRADO y el verbo ACIMORRARSE; por eso no saben definir la CINCA, diciendo «que se hace por no observar las leyes con

que se juega, como (ahora va lo mejor) cuando una bola no entra por la *caja* (que no se llama así, sino el CASTRO), y cuando *no va rodando...*» como van las definiciones académicas; por eso definen el CINCO diciendo «cuatro y uno», como si no fuera también tres y dos, y añaden que «en el juego de bolos se llama cinco «el que ponen delante de los otros», que ni se llama cinco, sino CUATRO, ni se pone delante, sino á la derecha ó á la izquierda; y por eso, por no ser nadie en asuntos de habla castellana, ponen la palabra *cincomesino* diciendo que es adjetivo que significa «de cinco meses», cuando no es adjetivo, ni nada más que tontería suya, pues nadie usa semejante palabra, como no se usan las de *ciennesino*, *ochentamesino* ó *diezmesino*, ni hay para qué ponerlas en el Diccionario, puesto que no existen. Se usa SIETEMESINO, aplicado á los niños que nacen á los siete meses, y por extensión, á todos los muchachos encanijados y entecos, y TREMESINO, aplicado al trigo tardío que se cría en tres meses.

¿Y dónde han oído ellos llamar *cincuentaina* á la mujer de cincuenta años? Se llama cincuentona; pero ¿cincuentaina? ¡Bah! Confundieron la terminación con la de tontaina, que habrán oído muchas veces.

¿Y *cincuentén*?... Verán ustedes qué manera de barbarizar tienen los señores: «CINCUENTÉN, adj. Aplícase á la pieza de madera de

hilo (ó de algodón), de cincuenta palmos de longitud ¡qué barbaridad! ¿Dónde hay esas piezas de madera? ¡Cincuenta palmos!) con una escuadria de tres palmos de tabla por dos de canto.» ¡Qué barbaridad! vuelvo á decir. Pues el académico á quien le cargaran un *cincuentén* á cuestras, no quedaba para contarlo. ¡Qué piezas de *madera de hilo* se traen estos hombres! Y todavía añaden que u. t. c. s. (úsase también como sustantivo)... ¡Ah! Y no han dicho que se usa como vara de medir, por milagro.

Cincuesma... No se ría el lector, que no lo invento. *Cincuesma*, á nadie le parecerá palabra castellana, pero es palabra académica pura. *Cincuesma*... así, *cincuesma*, dicen los señores que significa «el día de la Pascua del Espíritu Santo.»

Después de lo cual no podía menos de venir inmediatamente la CINCHA... y viene. Y viene de *cincho*; descubrimiento grave que debemos al etimologista. Pero no es esto lo más grave, sino que los académicos la definen diciendo: «CINCHA, f. Faja...»

¡Hombres! ¡Váyanse ustedes á paseo! ¿Con que la cincha es faja?... ¿Y, por consiguiente, la faja es cincha?... Lo será la de ustedes...

XL.

ALBÁRDAME, *Domine*... cuentan que decía, en ademán de ponerse el alba, y queriendo decir *dealbame, Domine*, un maestro de escuela muy presumido, que apostaba á que sabía las rúbricas tan bien como el señor cura del lugar; y la misma oración ó esta otra parecida, *Cínchame, Domine*... creo yo que dirán todas las mañanas los académicos al ponerse la faja, que, según hemos visto en el artículo anterior, confunden ellos con la cincha.

En cambio, hacen maravillas de erudición impertinente, dedicando una definición aparte á la *cincha de jineta*, y diciendo que es «da que consta de tres fajas de cáñamo *largas* (¿de media legua?... tendrán la largura que necesita tener una cincha), que, pasando por encima de la silla de jineta, la sujetan con el cuerpo del caballo. ¡No parece sino que el cuerpo del caballo es algún instrumento para sujetar la silla! ¡Y todo por no saber los aca-

démicos sujetar las palabras á las palabras con sintaxis!

Pero volviendo á la JINETA, lo gracioso es que, después de mucho traerla y llevarla los académicos y de darse aire de eruditos, nos dejarían sin saber lo que es, si no lo supiéramos de antes. Porque la *cincha de jineta* dicen que es la que pasa por encima de la *silla de jineta*; la *silla de jineta* dicen que es «la que sólo se distingue de la común en que los fustes son más altos y menos distantes (¿de la Academia?), con mayores estribos (¿los fustes?), añadiendo, por toda aclaración, que sirve para montar á la jineta. ¿Y montar á la jineta?... Dicen que es «arte de montar según la escuela del mismo nombre», y el que quiera saber más, que vaya á estudiar á Salamanca.

Y luego ¡qué manera de definir! Silla de *jineta* «la que sólo se distingue de la común en que los fustes son más altos», etc. Por este sistema se puede llegar á definir el *adoquín*, diciendo verbigracia: «El que sólo se distingue del académico en que es más pequeño, algo menos duro y con esquinas.»

Siguen los académicos montando al idioma, no sé si á la jineta, y llaman *cincho* al CINTO, enamorados de la primera de estas palabras por su afinidad con la cincha, y dicen que *cíngaro*, viene del italiano *zingaro*, aunque no viene, porque sigue allá, como tampoco

cíngir viene del latín *cingere*, porque sigue siendo latín, por más que sea una especie de latín académico.

Cinqueño... ¿Qué creen ustedes que será? ¿el que tiene cinco años? No; ¡es el «juego del hombre entre cinco». ¡Juego del hombre! ¡Qué afán el de estos hombres por andar divorciados del uso! Nadie dice en España hoy día *juego del hombre*, casi nadie sabe lo que es el juego del hombre no leyendo el Diccionario (ni aun leyéndole); y sin embargo, los académicos á cada paso están hablando del *juego del hombre* como si fuera usual y corriente. *Tal cosa*: «en el *juego del hombre*, el que va á robar». *Tal otra*: «en el *juego del hombre*, el que gana». *Tal otra de más allá*: «en el *juego del hombre*, el que pierde». Y así hay más de doscientas definiciones en que se habla del *juego del hombre*. Pero ¿dónde se llama así?

En la definición de CINTAJO falta el significado de condecoración, que es el más común; en la de CINTILLO falta el de correa con que se ata la maleta á la silla, y en la de CINTO dicen que es «dista ó tira de cuero», aunque frecuentemente es de seda, algodón ó lana, y ponen para remate un *cinto de onzas*, que es una tontería, máxime ahora que casi no las hay. Aparte de que es bien injusto definir el *cinto de onzas* («el que ha solido llevarse interiormente lleno de onzas de oro») y no definir el *cinto de billetes*; y además, el *carro de*

pan, «carro que va cargado de pan», y la *cesta de uvas*, «cesta en que se llevan uvas», y la *jarra de agua*, «jarra en que se suele llevar agua», porque todo es lo mismo.

¿Y quién les ha dicho á los académicos que CINTURA es «parte inferior del talle?» Nadie, sino su propia ignorancia y su propia inconsecuencia, puesto que diciendo al definir el talle que es «cintura en la primera acepción», debían decir al definir la cintura que es el talle, á secas, aun cuando cayeran en un círculo vicioso, como les sucede mil veces. De este otro modo, diciendo al definir el TALLE que es «cintura en la primera acepción», y diciendo al definir la CINTURA en la primera acepción, que es la «parte inferior del talle», resulta que el talle no es el talle, sino la parte inferior del talle, es decir, que el todo es la parte inferior de sí mismo. Filosofía académica.

Paso por alto las palabras *ciquiribaile* y *ciquiricata*, que ocupan malamente el lugar que hacía falta un poco más abajo en el artículo dedicado al CÍRCULO, para dar cabida á la acepción tan común de sociedad de recreo, artística, literaria ó política. No se oye otra cosa en la conversación hace más de veinte años, ni es posible abrir un periódico sin tener que leer algo del Círculo de Bellas Artes, ó del Círculo Literario, ó del Círculo Liberal-Conservador, ó del Círculo de Obre-

ros ó del Círculo Reformista; pero los académicos, ni por esas. Tal vez en honra y gloria del pariente á quien Hartzenbusch atribuyó en su fábula la invención del CÍRCULO, dedican á esta palabra un artículo bastante largo, y en él hacen mención de muchos círculos, desde el *mamarío* (las cosas de mamar nunca se les olvidan) hasta el *vicioso*; pero la acepción indicada falta radicalmente. Ya la pondrán los académicos andando el tiempo, cuando deje de tener uso, como ponen ahora la palabra *Casino* en la primitiva é italiana acepción de casa de campo. Ellos son así.

Después viene *circun*, que es una tontería de las que ellos llaman preposiciones inseparables, y el CIRIO, que definen á su modo diciendo que es «vela larga y gruesa más de lo regular», sin decir cuál es lo regular para ellos.

Al definir el CISMA, en lugar de hacerlo en el sentido religioso, que es el principal y para el que pasó la palabra del griego al latín y del latín al castellano, se contentan con decir que es «división ó separación entre los individuos de un cuerpo ó comunidad», añadiendo luego después de dos rayitas y sin nota si quiera de familiar, «discordia, desavenencia», como si á una división en el gremio de carniceros sobre alzar ó no alzar el precio de la carne, ó á una desavenencia conyugal, se las pudiera llamar, ni las llamara nadie cismas, á no ser en broma y por semejanza.

Más adelante, no había para qué poner la extravagancia de que CISNE significa «mujer pública»; y luego ni el *citiso* es *codeso*, sino CODEXO y aun CODEJO, ni *¡cito!* es «voz antigua para llamar á los perros», sino para espantarlos, y no se dice *cito* sino ¡CHITO!; ni la primera *citola* que sigue hacía falta, ni la definición de la segunda CITOLA tiene sentido común ni nada más que disparates. Porque la «tablilla *de madera*» (¡pues claro!) que ellos dicen, y que no es propiamente una tabla, y que se llama TARAVILLA, no es «para conocer que se para el molino», sino para que la TOLVA ó TRAMOYA despidan el grano, ó como dicen los académicos en pleno año de 1884, «para que la tolva vaya despidiendo la *cibera*». La *citola* es otra cosa y para otro fin: es una esquila ó una cencerra pendiente dentro de la tolva, en la parte inferior, sobre la misma canaleja, de modo que no puede sonar mientras haya grano y suena cuando el grano se acaba, avisando así al molinero para que eche más grano ó pare el molino y no le deje andar en piedra. Por eso dice el refrán que los académicos de la *cibera* ponen sin entenderle: «La *citola* es por demás, cuando el molinero es sordo.»

¡Buena es la definición de la CIUDAD! Verdad es que de académicos que á estas horas llaman *cibera* al trigo como si definieran para el siglo XVII, no se podía esperar menos.

Hela aquí: «Población *comunmente grande* que en lo antiguo gozaba de mayores preeminencias que las villas».

Después sobran el *clangor* y la *clanca*, y falta en la definición de CLAVAR la acepción de herrar mal, arrimando algún clavo á lo vivo, que es muy usada.

Pero lo mejor es que aun en la definición del clavo apenas dan una en el ídem. Comienzan así: «Pieza de hierro (hasta aquí puede ser cualquier cosa, una plancha, un asador) larga y delgada (¡claro, el asador!) con cabeza y punta (ciertos son los toros) que sirve (¡mucha atención!) para fijarla en alguna parte». Para lo cual sirven lo mismo un pasquín, un guardacantón, ó un académico. Y añaden: «Hay de varios tamaños y *de distintas cabezas*.» ¡Qué casualidad! También lo mismo que los académicos; si bien las cabezas de estos, aunque distintas, casi todas se parecen unas á otras. Dos rayas perpendiculares al renglón, y siguen: «Especie de callo duro y *de figura piramidal* (como los académicos, que también son *piramidales*) que *se cría* regularmente sobre los dedos *de los pies*», precisamente de los pies, es decir, de los órganos con que los académicos definen: por eso salen clavadas las definiciones.

Otra fuera del clavo: «DE CHILLA»; es decir, CLAVO DE CHILLA: «Clavo pequeño de hierro que sirve para clavar la tabla de *chilla*». ¿Y

qué es tabla de *chilla*? Pues dicen que *«la más delgada de las que se venden en los almacenes de madera»*. De suerte que para tener seguridad de que una tabla es de *chilla*, es necesario haber recorrido todos los almacenes de madera que haya en el mundo, y aun así no puede durar la seguridad, porque si al día siguiente se abre un nuevo almacén de madera donde haya de venta una tabla más delgada que la más delgada del día anterior, ya la del día anterior no será de *chilla*.

¿Y para qué son las tablas de *chilla*? «Para hacer *chillados* ó techos de madera»... Pero, pobres hombres... ¡Si ustedes han oído la palabra y no la han oído bien! ¡Si esos techos se llaman TILLADOS, y las tablas tablas de TILLA y el clavo clavo de TILLA ó de TILLAR! Y TILLAR, verbo que ustedes mismos ponen en otra parte, es clavar esas tablas ó hacer esos techos; mientras que al verbo CHILLAR no se han atrevido ustedes á darle la significación de hacer *chillados*, por donde ustedes mismos reconocen que no hay tal manera de *chillar* ni tales *chillas*, y que todo lo que ustedes han hecho ahí ha sido *chillar* neciamente. Y basta de *chillidos* académicos.

XLI

«Para cosas de amor
El correo interior...»

Así lo ha dicho un poeta festivo, y así lo creen muchos de mis ilustrados lectores madrileños, los cuales enamorados perdidamente de la Academia, me escriben á mí por el susodicho correo encareciendo la importancia de este expurgo, alabando la manera de hacerle y advirtiéndome el olvido si entre las espesuras del libro académico se me queda agazapado algún disparate de mayor cuantía.

«Siento que haya usted pasado por alto la frase *cimiento real*—me decía no ha mucho uno de esos lectores;—si lee usted la explicación de esa frase se reirá á carcajadas de los desatinos que escribe la que modestamente se llama *docta corporación*».

Y efectivamente, retrocedí tres hojas y me reí mucho leyendo: «CIMIENTO... REAL. Composición que *se hace* con vinagre, sal común y polvos de ladrillo, y unido todo con el oro y

puesto al fuego *en una olla tapada*, sirve para dulcificarle y hacerle subir de ley»!! Tiene razón mi colaborador desconocido. Cualquier extranjero que lea esto creerá que los españoles nos encontramos en plena Edad Media en lo referente á la química. ¡Pero váyanles ustedes con químicas á los académicos, entre los cuales hay hasta ingenieros de varios ramos! Ellos no entienden de esas cosas, ni les importa la manera de tratar el oro. Lo que les importa es cobrarle, y en efecto, le cobran por no hacer nada, por reproducir el Diccionario, estropeando unas definiciones y dejando otras en el mismo estado en que las pusieron los buenos señores que fundaron la Academia á principios del pasado siglo.

¡*Cimiento real*... composición que *se hace* (hoy) con vinagre, sal común y polvos de ladrillo, y unido todo con el oro y puesto al fuego en una olla tapada!... ¡Señor Ministro de Fomento! ¿Es justo que el Estado proteja y el país pague un centro así, para que nos desacredite publicando en los últimos lustros del siglo XIX semejantes paparruchas?... Atrévase V. E. á disolver eso, y merecerá bien de la patria.

Porque además ponen en el Diccionario palabras como *cliéntulo*, puramente latina y perfectamente traducida en castellano por la de *CLIENTILLO*, y *clochel*, puramente francesa y perfectamente sustituida entre nosotros (don-

de la campana no se llama *cloche*) por la de *CAMPANARIO*. Y además dan una definición del *CLUB* completamente desatinada, sobre la cual no quiero detenerme porque ya otros escritores la han puesto en solfa; pero he de copiarla para que ruede: «*Junta de individuos de una sociedad política, por lo común clandestina*». Después de decir que *CLUECO, CA*, «se dice de la persona casi impedida», y no saber que se dice también del cántaro *casi roto* (como ellos dirían) y de la campana asedada, dedican un artículo sntero á la sílaba *co*, igual que si fuera una palabra, y otro á *COA*, que diz que es un instrumento de agricultura que se usa en Méjico en lugar de la azada, y le describen..... Para que vean los lectores lo fácil que debe ser construir un instrumento sin más que leer la descripción en el Diccionario de la Academia, voy á copiar la de la *COA*: «*Es una especie de pala de hierro, recta por un lado, curva por el otro, y terminada en punta, con un cabo largo de madera en la misma línea de la parte recta.*» Con esto... ¡cualquiera hace una *COA*!

No habrá un solo lector que no esté en cuenta de que *COADMINISTRADOR* es cualquiera que administra con otro. Pues no es eso. *COADMINISTRADOR*, según los académicos, no es más que «el que en vida de un obispo *propietario* ejerce *todas las funciones* de éste con las facultades necesarias»; todas las

funciones, hasta las digestivas inclusive...

¡Qué co... disparatadores
son todos estos señores!...

Porque es el caso que también ponen *coadyudador*, que es otro desatino; pues ó bien hay que quitar la primera *d* y dejar sencillamente COAYUDADOR, ya que en castellano se dice AYUDAR y no *adyudar*, ó hay que cambiar la segunda *d* en *v* y decir COADYUVADOR, participio activo de COADYUVAR; pero *coadyudador* siempre es un disparate.

Y otro es decir en una de las definiciones de la *cobija*: «Cada una de las plumas situadas en la base de las penas del ave.» ¡La base de las *penas* del ave! ¡Miren ustedes que venírse-nos á estas horas llamando *penas* á las plumas! Y aun eso con malísima sintaxis; porque decir que COBIJA es «cada una de las *plumas* situada en la base de las *plumas* del ave», siempre sería disparatado. ¡Nada! que en sacándoles de definir «COBIJADOR, el que *cobija*», y «DISPARATADOR, el que *disparata*» (!), ya no saben los pobres más que hacer lo mismo.

¿Y dónde se llama *cobra* la CORNAL, ó sea á la «soga ó *coyunda* para uncir los bueyes»? ¿Y dónde se llama *cobra* acierto número de yeguas enlazadas y amaestradas para la trilla»? ¡Ay! ¡Esas notas de provincialismo tan prodigadas y tan dislocadas por otros lados, qué falta nos hacían ahora! Porque eso de la *cobra* ó de las

cobras, ó es provincial de alguna parte, ó no es nada... nada más que un regalarse la lengua y el oído los académicos repitiéndose unos á otros el dulce imperativo del verbo *cobrar* que tanto les gusta: *cobra*, *cobra*...

Siguiendo adelante se entera uno de que el COBRE es *pardo*, y de que á lo mejor significa reata de bestias ú horco de cebollas, y de que los académicos se ponen *en cobro* y no á COBRO, como ponen los demás las cosas que estiman, y de que la palabra *coca*, que apenas significa más que un arbusto y una figura del peinado, lleva cuatro artículos, nada menos, con diez definiciones, y de que *cocador* es el que *coca*, y de que *cocar* es *hacer cocos*, como *cocarar* (?) es «proveer y abastecer», y de otras mil cosas igualmente interesantes... para demostrar que los académicos no saben hacer más que ejercitar la acción de un verbo que viene en seguida, cuya definición, aunque no es buena, dice: «COCEAR, dar ó tirar *coces*.»

Como definir el COCIMIENTO diciendo que «es líquido *cocido*...» ¡El líquido no se cuece, bar...tolos! En otra ocasión ó en otra definición decían ustedes: «La raíz *hervida* es comestible.» Pues allí venía bien el *cocido* que malgastan ustedes ahora, y ahora el *hervido* entonces malgastado. Pero aquí está entera la definición del COCIMIENTO: «Líquido *cocido* con hierbas ú otras sustancias medicinales, que se hace para beber y otros usos.»

¡Qué definición y qué sintaxis!

Sobran algunos de los seis artículos dedicados á la palabra *coco*; pero falta en la definición del *cocodrilo*, del que dicen que es «especie de lagarto muy grande, feroz y ligero», la antigua versión de su llanto sobre los huesos de las víctimas mientras acechaba otras nuevas, versión necesaria para explicar la frase *lágrimas de cocodrilo* que los académicos ponen en el artículo de *LÁGRIMAS* sin dar razón ninguna de su origen.

No es verdad que *CÓCORA* venga de *cóculus*, pinche. ¡Pobre pinche! ¿De dónde saca eso el etimologista? ¡*Cócora* de pinche!... Mejor puede venir de académico. Tampoco es verdad que *cocharro* sea vaso ó taza de madera (?) y más comunmente de piedra (!). *COCHARRO* no es más que aumentativo de *COCHO*. ¿Dónde se usan esas *tazas* y esos *vasos* de *madera* y de *piedra*? Como no sean artesas ó pilones para los gochos... Pero esas cosas no se llaman vasos ni tazas. A bien que los que han llamado *vaso* al barco, se lo pueden llamar á cualquier cosa.

Otra tontería es «*cocharse*, apresurarse (!)», y otra, «*cochastro*, jabalí pequeño de leche», pues el jabalí *pequeño de leche*, como dicen los señores *limpios*, se llama *JABATO*. Otra es «*cochear*, guiar los caballos ó mulas que tiran del coche», lo cual se llama *guiar*, entre cristianos. Y pasando por el acertón académico

de que «*cochera* es la mujer del cochero», ¿de dónde es provincial *cochevira*?

Pero hay que oír á los esplendorosos lo que es *cochifrito*: «Guisado que ordinariamente se hace de tajadas de cabrito ó cordero y después de medio cocido se fríe, sazonándole con especias, vinagre y pimentón (¡ton! ¡ton!). Es muy usado entre pastores y ganaderos». ¿Qué saben ustedes de esas cosas... ni de otras? Eso se llama un *FRITE*. Lo demás, *cochifrito*, en el sentido etimológico, es lo que está entre cocido y frito, y en el sentido corriente, que es familiar, se llama así á cualquier plato delicado, raro y de poco provecho; pero se suele decir *CUCHIFRITO* y aun *CUCHIFLITO*.

Verán ustedes ahora qué pájaro más extravagante. *Cochigato* dicen los académicos que se llama. El etimologista se calla como un muerto, y buena lástima es, porque aquí podía lucirse á poca costa diciendo, verbi gracia: «De *cocho* y *gato*, por ser mixto de ambos animales». Pero el caso es que no dice ni esto ni otra cosa, y los académicos pasan á definir muy serios del modo siguiente: «*Cochigato*, m. Ave de cabeza y cuello negros, con un collar (¿postizo?) rojo, y el *vientre verde*: el pico es de siete pulgadas de largo». Y no dijeron siete cuartas porque no se les vino á la boca. ¿No sería bueno que se fueran los académicos á cobrar sus dietas al país donde ese pájaro vive?

Por último, CODEAR no es «mover los codos»; es tocar con el codo al que está al lado, para que calle ó hable ó se levante ó se fije en lo que pasa; decir que *codina* es tal ó cual cosa en el *obraje* de los paños, es un galicismo, y decir que CODILLO es «en el *juego del hombre lance de perder*», viene á ser algo así como robar con trampa y dar codillo al sentido común y al patrio idioma.

XLII.

Las primeras manifestaciones de la académica sabiduría con que nos tropezamos hoy, son la definición del *codo cúbico de ribera* y la del *codo cúbico geométrico*. Del primero dicen los muy *limpios* y *fijs* estropeadores de la lengua, que es «el que equivale á 329 decímetros cúbicos», y del segundo, que es «el que equivale á 173 decímetros cúbicos».

Si las equivalencias fueran exactas, todavía no dejaba por eso de ser cada definición de esas una tontería bien grande. Porque, ya lo he dicho otra vez, eso no es definir ni cosa que lo valga. ¡«Codo cúbico geométrico el que equivale á 173 decímetros cúbicos»! ¿Es esto dar idea de las cosas?... Tomemos un académico cualquiera; hagamos su despiezo, imaginario, por supuesto, nada más que imaginario; midamos su volumen con exactitud y supongamos que equivale á 173 decímetros cúbicos, cosa posible; ¿se podrá decir por eso que aquel académico es un codo cúbico?

Dejemos el académico y cojamos un guar-